1948

39

UN ATAQUE INJUSTO

En un delicioso artículo, Wenceslao Fernández Flórez, y al historiar sus cinco estilográficas, que es como historiar treinta años del humor español, clava el aguijón de la última de ellas, con que lo firma, en el panzudo abdomen de las máquinas de escribir. Ni las maneja, ni las entiende, ni las estima. Yo, que me precio, empíricamente, de todo lo contrario, considero inexcusable deber salir a la liza en su favor.

Mi maquinilla de escribir, con su triquitraque de ferrocarrilito gallego, corre de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, castigada nerviosamente por mis dedos; hoy se me antojaba más dócil que otras veces, como si supiera que la utilizo en defensa de su clase. Defiendo, sí, de ella, no sólo su claridad, sino su cántico. Sus teclas se disparan desde el tambor a la cinta. Su entintado plomo me es familiar, y mientras va y vuelve y hace y deshace su siempre idéntico recorrido, crepita, hierve, canta quizá un estribillo monocorde, pero confortante. Yo amo ese estribillo, ese repiqueteo de sus letras en el negro cilindro que abraza el papel, esa lluvia un poco estridente y lacónica de su teclado, y me siento artesano al provocarlo.

Del hombre a la máquina saltan con frecuencia extraños vínculos sentimentales. Yo quiero mi máquina de escribir como quise antaño—claro que era mi primera pasión—el Fotingo de que me despojaron los rojos al comenzar nuestra guerra. Si la máquina nos ha sido fiel, si nos ha servido disciplinadamente y largo tiempo, si hubimos de sacrificar nuestros presupuestos para adquirirla, nos sentimos enlazados a su compañía como a la de un ser vivo. Por algunas de esas máquinas que utilizamos a lo largo de una época, y que enajenamos después, seguimos interesándonos siempre que vemos a sus dueños actuales. "¿Qué? ¿Cómo va aquella "radio"? ¿O aquel frigorífico?..." Y una sensación de orgullo nos invade si la respuesta obtenida es satisfactoria.

En cuanto a las máquinas de escribir... Yo he hecho a mi Yost de tampón, tan veterana, que está al margen ya de toda vanidad publicitaria, muchas dolloridas exequias y pienso que si volviera a tenerla un día, la reconocería en el acto. Durante años y años de niñez, de adolescencia y aun de juventud me prestó —a mí, endiablado criptógrafo—su clara legibilidad. Tal compenetración nos unía, tan personalmente trataban sus caracteres mis desiguales pulsaciones, a tal punto eran mis erratas siempre las mismas, que hubiera podido solicitar de los Bancos que me permitieran firmar en ella y mandar autógrafos, con su escritura, a esos extraños seres que nos los piden, de provincias, para sus colecciones.

Yo sé que la estilográfica tiene su nobleza, sí, como la tuvo antaño la pluma de ave, y que el rasgueo sobre la blanca cuartilla lleva, implícita, una delicada y confidencial música, pero la de mi máquina es la que me parece mejor acordada de todas.

¡Fusas y semifusas, huídas de su metálico corpiño a altas horas de la noche, cuando la casa duerme!... ¡Opaco latido del espaciador!... ¡Agil brinco de las mayúsculas!... Y la página, nevada en torno del azul de las palabras... Fiel y querida maquinilla, viajera, conmigo, sobre los siete mares, único instrumental de mis tareas, acerado reproche para mis horas de holganza... ¡Sería terrible que leyera esos peyorativos comentarios de los que tan malparada sale! ¡Como si en su seno no cupiera Hamlet, de ser de Shakespeare la menestralía!... Yo la enfundo en su caperuza de hule y la aislo del mundo exterior. Soy prudente. No vaya a ponerle el diablo al alcance de su vista la despiadada diatriba de Fernández Flórez.

Joaquín CALVO-SOTELO

CÓNSULES VERSUS CONSTELLATIONS

Este nuevo avión que ha cubierto la distancia de Los Angeles a Nueva York en seis horas, y que, con la misma agilidad, recorría Europa de punta a punta, tiene, como única rémora a su velocidad fabulosa, el temible freno de los visados. Sus cuatro hélices dobles, sus miles de caballos de fuerza, inutilizados por el moroso sello del cónsul. No la tormenta, ni la niebla, ni la distancia, enemigas: sólo la borrosa caligrafía de uña estilográfica oficial cualquiera. Es curioso este duelo de burocracia y progreso, de trámite y de ingenio, este vencer lo difícil y sucumbir en lo trivial, este arte paradójico y fastidioso de colocarnos, por un lado, en aptitud de circunvalar el globo a la par del sonido, y de atarnos de pies y manos, por el otro, al borde de la más leve de las fronteras. No es verdad que se almuerce en Barcelona para merendar en Las Azores, no lo es. Dígalo alguna irresponsable agencia de viajes, algún diplomático de privilegio y, si acaso, alguna de las esbeltas señoritas que sirven, al comenzar el vuelo, ese engrasador de los maxilares que es la pastilla de chicle. Pero nadie más. Ahora advertimos, con sorpresa, que lo maravilloso de Julio Verne no era la máquina de vapor, ni el colocar a la luna, ni aquella precisión para enlazar trenes y paquebotes de Phileas Fog: lo maravilloso era recorrer los países que le apetecía, sin más que saludar, cortés, a los viandantes de los puentes internacionales. Los que vivimos en 1948 empezamos a comprender que lo que en realidad inventaba Julio Verne eran esas fronteras lubrificadas, a la vez que nos parece como si, lo demás, hubiera estado inventado siempre. Julio Verne causa, así, por un fenómeno de retorsión, la incredulidad de sus lectores de ayer y de hoy. De los de ayer, porque, cuando les pintaba el "Albatros", con sus esbeltos mástiles, a mil metros de altura, entre desfiladeros peligrosos, sonreían escépticos; de los de hoy, porque, cuando vemos a sus personajes vivir al margen de las aduanas, de los pasaportes y de los Institutos de Moneda, nos hacemos cruces, asombrados de su imaginación.

Volver a Julio Verne del revés: he ahí el triste sino de nuestra época. Pues en la encrucijada en que nos encontramos, bien claro está que una de ambas cosas es superflua: o el avión o el visado, y que, por causa de Dios sabe qué culpas, el avión, con los cónsules y sus colaboradores, hace el mismo promedio de velocidad que la diligencia sin ellos.

Joaquín CALVO-SOTELO